

excepto la guardia, dejada en torno del Kremlin para disputárselo á las llamas, se echaban atrás todas nuestras tropas, poseídas de horror á la vista de aquel fuego, que, después de lanzarse hacia el cielo, parecía replegarse sobre ellas, como si quisiera devorarlas. Ocultos al principio en sus casas los habitantes que se habían quedado dentro de Moscou en número corto, y no atreviéndose antes á salir de ellas, ahora se escapaban llevando consigo lo que tenían en más estima, las madres sus hijos, los hombres sus padres enfermos, salvando lo que podían de sus ajuares, prorrumpiendo en gemidos dolorosos, y detenidos á menudo por los bandidos que Rostopchín había desencadenado sobre ellos, creyendo desencadenarlos sobre nosotros, y que se holgaban en medio de este incendio como el genio del mal en medio del caos.

Consternados se retiraban nuestros soldados, socorriendo á veces, cuando el tiempo se lo permitía, á los infelices arruinados por su causa, bien que más á menudo apresurándose á seguir á sus regimientos fuera de la ciudad ésta, donde vanamente se habían lisonjeado de hallar reposo y abundancia.

Napoleón fué á establecerse al palacio de Petrowskoie, á una legua de Moscou en el camino de San Petersburgo, en el centro de los cantones del príncipe Eugenio. Allí aguardó á que al azote le pluguiese aplacar su furia, pues ya los hombres no podían para excitarlo ni para extinguirlo. Cogidos y fusilados fueron algunos de aquellos miserables incendiarios, que sufrían el suplicio sin decir palabra, y que sobre las horcas de que se les colgaba no eran más que una inútil advertencia, pues sus cómplices ya no podían hacer más daño. Para exacerbarlo bastaba el viento, y con su aliento infernal se adelantaba á todas las manos.

Para último y fatal sobresalto, á otro día pasó el viento del Sudoeste al Oeste puro, y entonces los torrentes de llamas se inclinaron hacia los barrios de Metsnitskaia y de Basmanaia, y hacia el palacio de verano. Los restos de la población se refugiaron á los campos descubiertos que se extienden por esta parte. Aproximándose á su horrorosa madurez el incendio, se oían á cada minuto desmoronamientos aterradores. Consumidos los apoyos de los tejados de los edificios, se doblaban y se hundían con estruendo, haciendo saltar torrentes de llamas bajo la presión producida por su caída. Las fachadas elegantes, compuestas de ornamentos aplicados sobre construcciones de madera, se desmoronaban y obstruían las calles con sus escombros. Llevados por el viento los palastros iban á caer aquí y allí todavía hechos ascua. Difícilmente se descubría el cielo por entre aquellas densas nubes de humo, y apenas asomaba el sol como un globo de color de sangre. Ni un solo momento, durante los días 16, 17 y 18 de septiembre, dejó la naturaleza de aparecer formidable así en sus perspectivas como en sus efectos.

Finalmente, estando devoradas de la ciudad las cuatro quintas partes, se detuvo el incendio casi sin causa, porque en nuestro mundo finito, ni el mal, aun siendo excesivo, como tampoco el bien se remata. La lluvia, que en el equinoccio sucede comunmente á las violencias del viento, cayó sobre aquel volcán de repente y, sin apagarlo, llegó á amortecerlo. De huracán que era, transformóse el fuego en espantosa brasa, cuyos ardores

calmó poco á poco la lluvia, persistente por fortuna. Sólo se veían en pie algunas tapias de ladrillos, algunas altas chimeneas no tocadas por el fuego, y presentándose como espectros de aquella ciudad suntuosa. Se había salvado el Kremlin, y cerca de la quinta parte de la ciudad con esta fortaleza. Llevando la guardia imperial agua con cubos, y echándola sobre los tejados de cierto número de habitaciones, contribuyó á preservarlas de las llamas.

En diversas casas medio quemadas, en otras que lo estaban del todo, intentó introducirse el populacho de Moscou y robó lo que pudo. No había manera de impedir que nuestros soldados hicieran lo mismo por su cuenta, y permitiéndose esta especie de saqueo, que no consistía después de todo sino en saquear á las llamas. Por consiguiente volvieron á entrar en bandas para salvar del fuego algunos de los recursos que iban á ser destruidos. Muy luego echaron de ver que penetrando hasta los sótanos bajo los escombros de las casas incendiadas, se hallaban provisiones de boca, á veces tostadas, pero intactas generalmente y abundantísimas en un país donde había costumbre de hacer para muchos meses los acopios, á causa de lo largo de los inviernos. En cantidad hallaron trigo excelente, carne salada, vino, aguadiente, aceite, azúcar, café, te. Dentro de muchas casas, donde sin que el fuego lo destruyera todo, daba derecho para hacer un registro, encontraron los objetos del más refinado lujo, vestidos y sobre todo pieles, que hacía muy apreciables el invierno cercano; plata, que su codicia imprevisora prefería á los vestidos y á los comestibles; carruajes, que la perspectiva de la vuelta hacía estimar en mucho, y finalmente preciosas vajillas de China, de las cuales se reía su ignorancia y que indolentemente hacían pedazos.

Habiéndose divulgado muy luego, entre los cuerpos que se habían quedado fuera, el rumor de este singular género de salvamento, forzoso fué permitir que entrara cada cual á su turno á sacar el diezmo de este incendio, y proveerse de comestibles, de bebidas espirituosas y de vestidos de abrigo. Se pusieron salvaguardias en interés de los oficiales, de los heridos y de los enfermos, á todos los edificios no tocados por las llamas, y se entregó el resto á la curiosidad y á la codicia de los soldados, que guiados por el populacho de Moscou, muy conocedor de los lugares y de las costumbres del país, les descubría mejor los secretos asilos, donde se podían hacer preciosos hallazgos. Lamentable espectáculo al par que grotesco fué la muchedumbre de soldados y de gentes del pueblo registrando los escombros de la capital suntuosa, disfrazándose al son de carcajadas de los más singulares trajes, llevando en sus manos los objetos más preciosos, vendiéndolos casi de balde á los que eran capaces de apreciarlos, ó rompiéndolos con pueril ignorancia, y embriagándose á menudo con los licores descubiertos en las bodegas. Este espectáculo extravagante y triste tomaba á cada momento un carácter de mayor tristeza por el regreso de los infelices moradores, que á la hora de la evacuación ó del incendio se habían ido y tornaban á sus hogares para averiguar si se habían salvado ó quemado, si podrían proporcionarse medios para vivir en ellos. Frecuentemente quedaban reducidos á llorar sobre las ruinas de sus habitaciones incendiadas hasta los cimientos, ó bien

había dudado de su fortuna, ni sobre el puente que no podía cruzar en Arcola, ni en el momento de los ocho asaltos rechazados desde San Juan de Acre, ni en el de estar perdida la batalla de Marengo, ni en el de estar la de Eylau por largo tiempo indecisa, ni en el de ser precipitado durante la de Essling al Danubio. Ahora por vez primera entreveía la posibilidad de un gran desastre, pues conocíase colocado en la cumbre de un edificio de prodigiosa altura y que á un simple movimiento podía venir á completa ruina.

Con todo, sin que aun le desvelaran las consecuencias ulteriores del incendio de Moscou, se ocupaba en precaver las consecuencias inmediatas para la humanidad y para sus tropas. Órdenes expidió las más severas á fin de poner término al saqueo, que se había establecido bajo pretexto de arrancar del incendio lo que iban á devorar sus llamas. Algún trabajo costó apartar á los soldados de esta especie de juego de azar, donde, á costa de muchos esfuerzos y á veces de harto grandes peligros, hacían felices hallazgos, y descubrían riquezas que se lisonjeaban de conducir á Francia sobre sus hombros. ¡Infortunados que ignoraban que los más favorecidos apenas podrían llevar allí sus cuerpos! A pesar de todo atajóse el desorden, y se le substituyeron rebuscos regularmente practicados, para crear almacenes y proveerse así del medio de pasar en Moscou el tiempo necesario. Iniciados estos rebuscos muy luego revelaron la existencia de porciones considerables de granos, de carnes saladas, de bebidas espirituosas, y sobre todo de azúcar y café, preciosa bebida y más en los países donde el vino escasea. Distribuyóse la ciudad entre los diferentes cuerpos de tropas casi lo mismo que el día de su llegada, teniendo cada uno su cabeza de columna en el Kremlin y su masa principal en la puerta por donde había entrado, el príncipe Eugenio entre las puertas de San Petersburgo y de Esmolensko, el mariscal Davout entre las de Esmolensko y de Kalouga, el príncipe Poniatowski hacia la puerta de Toula, la caballería á la parte de afuera en persecución del enemigo, el mariscal Ney hacia el Este, entre las puertas de Riazán y la de Wladimir, la guardia sólo en el centro, esto es, en el Kremlin. Para los oficiales se reservaron las casas conservadas, y transformáronse en almacenes los grandes edificios no tocados por el incendio. Cada cuerpo debía depositar en estos almacenes lo que descubriera diariamente, de manera de reunir, además de las distribuciones cotidianas, provisiones para lo venidero, ya se optara por la permanencia ó por la partida. Se adquirió la certidumbre de que habría pan, carnes saladas y bebidas del país para muchos meses y para el ejército entero (2).

Sin embargo, daba motivo de grave inquietud la carne fresca, que no se podía proporcionar sin ganado, y el ganado que no se podía mantener sin forrajes. Asunto era también de desvelos, y todavía de más bulto, la conservación de los caballos de la artillería y de la caballería, que dependía de los forrajes de igual modo. Napoleón esperó superar tales obstáculos extendiendo sus avanzadas á diez ó quince leguas de Moscou, de manera de abarcar una gran porción de territorio, don-

de esta situación, creía que con los víveres hallados en Moscou se podía subsistir durante seis meses. (N. del A.)

(1) Esta es una nueva prueba de que el ejército ruso era ajeno al incendio de Moscou: si esperara esta catástrofe espantosa, no dejara allí de seguro ni á sus soldados ni á sus oficiales heridos. De resolverse á sacrificio semejante, hiciera de Moscou, según hemos dicho, un campo de batalla, donde pudiera perecer parte del ejército francés, sabiendo atraerle. En sus Memorias ha elevado el príncipe Eugenio de Wurtemberg esta demostración al último grado de evidencia, y no se puede apartar de su autor la responsabilidad de este trágico suceso, tan difícil de juzgar á pesar de todo como el acto de Bruto, pero que, tal cual sea, no se debe atribuir al ejército francés ni al ejército ruso. (N. del A.)

de esta situación, creía que con los víveres hallados en Moscou se podía subsistir durante seis meses. (N. del A.)

(2) El doctor Larrey, uno de los testigos mejor informados de esta situación, creía que con los víveres hallados en Moscou se podía subsistir durante seis meses. (N. del A.)

de se hallaran legumbres y forrajes en cantidad suficiente. Otra providencia imaginó, y fué la de atraer á los paisanos, dándoles buena paga. Siendo los rublos en papel la moneda que tenía curso en Rusia, y contando el tesoro del ejército una gran cantidad de estos rublos, de cuya procedencia ya se hablado, bien que fuera ignorada de todos, hizo anunciar que todos los víveres que se llevaran á Moscou serían pagados al contado, y sobre todo los forrajes, y recomendó expresamente la protección de los paisanos que respondieran á este llamamiento: con rublos en papel dispuso que se pagara el sueldo á las tropas, teniendo sin embargo la precaución de añadir (lo cual era un acto indispensable de lealtad para con el ejército) que los oficiales que desearan enviar sus pagas á Francia, estarían autorizados para convertir en metálico aquel papel de origen extranjero en todas las oficinas del Tesoro.

Dando realce al uso de estos medios por un acto de humanidad digno de su persona y del ejército francés, mandó distribuir socorros á todos los que de resultas del incendio se habían quedado en la calle. Ayudóse á los unos á que se construyeran pequeñas chozas, ofrecióse asilo á los otros en los edificios de que no se servían las tropas, y además se les distribuyeron comestibles. Pero estos comestibles, cuya necesidad podía llegar á ser muy grande, según la duración de la permanencia en Moscou, eran demasiado preciosos para distribuirlos por largo tiempo entre extranjeros, enemigos la mayor parte. Napoleón prefirió repartirles dinero, y lo hizo por medio de los rublos en papel á fin de que cada uno se proveyese fuera de lo que necesitara. Como nuestro propio ejército fueron tratados los franceses establecidos en Moscou desde antiguo, y á los que sabían de letra se les destinó á crear una administración municipal interina, hasta que se lograra atraer á la capital á los mismos rusos.

Debajo de los muros del Kremlin tenía Napoleón ante los ojos un vasto edificio, que desde el día en que entró en Moscou fijó sus miradas, y era el hospicio de niños expósitos. Este hospicio magnífico, puesto bajo la protección de la emperatriz madre, objeto de la predilección de esta princesa, había sido evacuado en gran parte; pero la dificultad de los transportes hizo que se dejaran allí los niños más pequeños, los que era más difícil llevar de un punto á otro y los menos amenazados, pues aunque nuestros soldados hubieran sido tan feroces como se complacían en propalarlo, no ejercieran su barbarie contra niños de cuatro ó cinco años. Cuando entramos en Moscou, poseídos de susto estos infelices, no hacían más que llorar en torno de su respetable director el general Toutelmine, anciano de cabellos blancos. Sabiéndolo Napoleón le envió una salvaguardia, que veló por este noble establecimiento antes y durante el incendio. Vuelto á Moscou, se dirigió allí á pie, no teniendo más que cruzar la puerta del Kremlin para encontrarse en el hospicio, que vino á ser, como va á verse, objeto de su interés y de su política ingeniosa. El director le salió á recibir á la puerta, rodeado de sus pupilos, que se precipitaron delante de Napoleón, besando sus manos y asiéndose de los faldones de su levita, para darle gracias por haberles salvado la existencia.—«¿Pues qué, dijo Napoleón al general Toutelmine, acaso creen vuestros niños que el ejército francés

va á devorarlos? ¡Cuán bárbaros son los hombres que os gobiernan! ¡Qué Erostrato tan estúpido vuestro gobernador Rostopchín! ¿A qué tantas ruinas? ¿A qué medios tan salvajes, que costarán á Rusia más que le hubiera costado la guerra más desastrosa? Mil millones no bastan á pagar el incendio de Moscou. Si, en vez de entregarse á estos furios, se respetara esta capital, yo la contemplara como á París mismo, hubiera escrito á vuestro soberano y tratado con él bajo condiciones equitativas y moderadas, y estaría muy próxima á su conclusión esta guerra terrible. Lejos de eso, se incendia, se incendiará más todavía, y mucho habrá que incendiar, os lo aseguro, porque no estoy próximo á dejar el suelo de Rusia, y sabe Dios cuánto costará aún á la humanidad esta guerra.» El general Toutelmine, que detestaba el acto de Rostopchín, como todos los habitantes de Moscou, convino en la verdad de estas observaciones, expresó el sentimiento de que las disposiciones de Napoleón no fueran mejor avaloradas, y pareció como si dijese que, si se conocieran en San Petersburgo, quizá tomaran las cosas distinto sesgo. Pres-tándose Napoleón á esta abertura, como que tuvo intención de provocarla, preguntó al general Toutelmine qué deseaba para sus niños; y contestándole éste que sólo deseaba licencia para comunicar á la emperatriz madre que sus pupilos estaban salvos, le invitó Napoleón á que escribiera y prometiéndole que haría llegar la carta á su destino. «¿Debo añadir, indicó el general Toutelmine, que las disposiciones de V. M. son tales como acaba de explicarlas?—Sí, respondió Napoleón, decid que, si los enemigos interesados en malquistarnos dejaran de interponerse entre el emperador Alejandro y yo, la paz se celebraría muy pronto.»

Escrita inmediatamente la carta del director de los pupilos, fué enviada antes de que expirara el día á San Petersburgo. Casi al mismo tiempo se encontró á un personaje que parecía ilustre, un ruso que se había quedado en Moscou, solicitando dirigirse á espaldas del ejército, para poner en orden sus propiedades incendiadas. Menos ciego de cólera se mostraba que sus compatriotas, y deploraba la atroz furia de Rostopchín, que juzgando sólo por los efectos materiales, había hecho más daño á los rusos que á los franceses, porque éstos, hasta bajo las humeantes ruinas de Moscou, todavía hallaban alimento, mientras los otros vagaban moribundos de hambre por los bosques. Se le hizo que se presentara, obtuvo el honor de que Napoleón le recibiera, y le hablara, y le asegurara directamente de sus disposiciones pacíficas. Napoleón, que no pensaba dar á la guerra actual todo el ensanche que pensó darle al principio, repitió lo que ya había manifestado al general Toutelmine, que su intención fué emprender una guerra política, y no una guerra social y devastadora; que habiendo podido insurreccionar á los paisanos en Lituania, se abstuvo de hacerlo; que se había esforzado por apagar los incendios prendidos sobre su camino; que el teatro de esta guerra debió ser la Lituania y no la Moscovia; que allí se decidiera la cuestión en una ó dos batallas y un tratado poco oneroso restableciera la alianza entre Francia y Rusia, y no su dependencia, como se complacían en asegurar para agitar los ánimos; que en vez de esto se aspiraba á imprimir á la guerra un carácter atroz, digno de los negros de Santo Do-

mingo; que al querer hacer el conde de Rostopchín el romano, se había mostrado bárbaro, y que ya era hora de poner término á tantos horrores en interés de la humanidad y de Rusia.

Mr. de Jakowleff, que es el personaje ruso de quien se trata, no contradijo ninguna de las aserciones de Napoleón, porque saliendo de las ruinas humeantes de Moscou, habiendo presenciado los horribles padecimientos experimentados por los infelices habitantes de esta capital, se sentía indignado contra el furor de Rostopchín, y pensaba que semejante guerra se debía terminar lo más pronto posible, ó al menos de sostenerse por otros medios. Habiendo dicho, como el general Toutelmine, que debía Napoleón dar á conocer sus disposiciones pacíficas al emperador Alejandro y que sentaría bien al vencedor ser el primero que hablara de paz, Napoleón, que nada mejor deseaba, ofreció á su interlocutor que fuera personalmente á San Petersburgo, para que llevara escritas las palabras que acababan de sonar en sus oídos. Mr. de Jakowleff apresuróse á consentir en ello, y partió con una carta para Alejandro, carta al par que cortés altanera, como Napoleón no había dejado de escribirlas, ni aún en el momento de la declaración de la guerra.

Sin duda el inconveniente de estas aberturas consistía en dejar entrever el apuro en que empezábamos á hallarnos, y en hacer de consiguiente que el emperador Alejandro diera tantos pasos atrás como nosotros adelante para entendernos. Por otra parte, se podía tener la certeza de que, si con este príncipe no se tomaba la iniciativa, su orgullo, profundamente herido, le impediría tomarla, y que un exceso de reserva tendría para la paz tantos inconvenientes como un paso indiscreto y demasiado pacífico. De consiguiente, Napoleón no vaciló en ensayar estas aberturas, sin prescindir, á pesar de todo, de las atenciones que exigía esta guerra, que cabalmente se hacía más ardua á proporción que parecía más venturosa, puesto que cada ventaja hacia adelante añadía una nueva dificultad á la vuelta.

Efectivamente, convenía pensar en los proyectos ulteriores que exigía la situación extraordinaria en que se había colocado, trasladándose á seiscientas ó setecientas leguas de la frontera de Francia, en medio de la capital incendiada de la antigua Rusia. Pero los tales proyectos dependían en parte de los del enemigo, y hacía ya días que no se tenían noticias de su paradero. Llegado accidentalmente á Moscou el general Sebastiani, que había reemplazado á Murat á la cabeza de la vanguardia, vióse obligado á confesar que había sido engañado por los rusos tan completamente como en Roudnia. Efectivamente, siguiendo al ejército de Kutusoff, primero por el camino de Wladimir, luego por el de Riazán, adelantóse hasta las márgenes del Moskowa, que encuentra á ocho ó nueve leguas de Moscou este camino, cruzó el Moskowa detrás de los rusos, y viendo siempre delante á los cosacos con alguna caballería regular, sin pensar en ilustrarse por su derecha, corrió en dirección del Sudeste hasta Bronitcy, lo menos veinte leguas, tomando de continuo la apariencia por la realidad. Cuando estuvo en aquel punto, acabó por reconocer que se le indujo á engaño, que no tenía delante al enemigo, y lo comunicó á Moscou, expresando francamente que no sabía donde buscarle. En esto se supo

que dos escuadrones de marcha, escoltando arcas de municiones, y dirigiéndose á Moscou por el camino de Esmolensko, el propio que llevamos á la ida, acababan de ser sorprendidos en las cercanías de Mojaisk por una nube de cosacos, y envueltos y obligados á rendirse con su convoy. Al punto se dió la voz de alarma por todo el camino de Moscou á Esmolensko, y ya se gritaba con una turbación, muy fácil de engendrarse á las espaldas de un ejército, que el enemigo se había situado sobre nuestras comunicaciones, y que ya estaba en aptitud de cortarnos la retirada.

En los días del 21 al 22 de septiembre le llegaron á Napoleón estas desagradables noticias, que venían de una manera infausta á continuación del incendio de Moscou. Montó muy en cólera contra el general Sebastiani, á pesar de la estimación en que le tenía; pero los gritos y los arrebatos no podían remediar cosa alguna.

Napoleón prescribió á Murat que fuera inmediatamente á ponerse á la cabeza de la vanguardia, y fióle el cuerpo de Poniatowski, fatigado y extenuado como estaba, para que con soldados á quienes era familiar la lengua eslava, pudiera adquirir más fácilmente noticias sobre la marcha del enemigo. Dando lugar á creer las correrías de los cosacos que el general Kutusoff había operado un movimiento de flanco sobre nuestra derecha, para situarse á nuestras espaldas sobre el camino de Kalouga, Napoleón recomendó á Murat que declinara del Sudeste al Sur, es decir, del camino de Riazán al de Toula, y que hasta saber noticias de Kutusoff siguiera la marcha. No queriendo dejar aventurado solo á Murat en busca del ejército ruso, hizo partir por la puerta de Kalouga, y con orden de dirigirse á la población del mismo nombre al mariscal Bessieres con los lanceros de la guardia, la caballería de Grouchy, la caballería ligera y la cuarta división de infantería del mariscal Davout; finalmente, mandó retroceder por el camino de Esmolensko á los dragones de la guardia, á una división de coraceros, y á la división de Broussier, perteneciente al príncipe Eugenio. Estos tres cuerpos de tropa, desplegándose á la manera de abanico sobre nuestras espaldas, desde el camino de Esmolensko al de Toula, debían adelantarse como á tientas hasta que dieran alcance al enemigo. De sobra recelaba Napoleón el punto donde Kutusoff sería hallado, pues le suponía sobre el camino de Kalouga, atraído hacia aquella dirección por el doble motivo de amenazar nuestras espaldas y de ponerse en comunicación con las provincias más ricas del imperio. Casi cierto de no equivocarse, estaba, sin embargo, impaciente por saberlo de una manera positiva. De ningún modo participaba de los terrores de aquellos que nos creían cortados, pero tenía resuelto no sufrir de parte de Kutusoff un establecimiento inquietante sobre nuestras espaldas, y salir de Moscou para dar una segunda batalla, si el general ruso tomaba posición demasiado cerca de nosotros y de nuestra línea de retirada. El mariscal Davout, cuya previsión se inquietaba á la vista de un enemigo, que había quedado bastante fuerte para maniobrar sobre nuestros flancos, suplicó á Napoleón que partiera inmediatamente á combatirle y anonadarle, tras de lo cual se podría dormir en Moscou tranquilamente, y aun todo el invierno si se deseaba. También Napoleón opinaba del mismo modo con tal de que no fuera necesario ir muy

lejos á buscar á los rusos. Efectivamente, el ejército sólo llevaba de residencia en Moscou siete días, cuatro de ellos pasados entre las llamas, y no quería arrancarle á las primeras delicias del reposo, á no ser para descargar un golpe decisivo. Aprestóse, pues, á la partida, mas sin mover aún sus principales cuerpos de tropas, aguardando á esclarecer el misterio de la nueva posición tomada por los rusos.

Véase cuáles fueron entretanto las resoluciones del general Kutusoff y los movimientos ejecutados por su hueste. Al salir de Moscou fué su idea seguir un plan medio entre todos los que se le habían propuesto, é ir á situarse sobre el flanco de los franceses, mas no girando muy cerca de ellos, para no tenerlos encima tan pronto. De consiguiente, su primer proyecto, concertado con el ayudante de campo de Alejandro, el oficial piamentés Michaud, fué retroceder detrás del Oka, río caudaloso que, naciendo al Mediodía, y pasando por Orel, Kalouga y Riazán, recoge bastante cantidad de afluentes, con especialidad el Moskowa, y va por Nijney-Novogorod á desembocar en el Wolga. Detrás de este río se hallara bien cubierto y abundantemente alimentado con todos los productos de las provincias del Mediodía, llevados de Kalouga por el mismo Oka. Pero esto era alejarse mucho de los franceses, dejar un vasto campo á sus forrajes, y acrecentar infinitamente el desaliento del ejército ruso, que creía haber faltado á su encargo con no haber podido defender á Moscou. Efectivamente, en este ejército la tristeza y el abatimiento habían llegado á colmo, y el espectáculo de miles de familias tras de su huella, unas á pie, otras en carros, no era propio á disminuir las amarguras de que se sentía oprimido. Así, aun siendo Kutusoff ruso, en punto de popularidad comenzaba á correr parejas con Barclay de Tolly. Para restaurarla, con especies pérfidamente sembradas, aspiraba á divulgar la opinión de no ser él quien había querido evacuar á Moscou y de haberle forzado á obrar así muchos jefes de sus tropas, y designaba á Barclay de Tolly entre ellos, y al mismo Benningsen, pues ya muerto Bagration, éste era el que le hacía más sombra. Temeroso del efecto que podría producir la pérdida de Moscou en San Petersburgo, había despachado al ayudante de campo Michaud para que expusiera á la Corte sus resoluciones y sus motivos, é hiciera valer los unos y los otros.

Tal era el estado de las cosas, cuando de repente, en la horrorosa noche del 16 al 17, el viento violento del Noroeste llevó hasta el ejército ruso, que giraba en torno de Moscou, los mugidos y los sombríos fulgores del incendio. Surgiendo este espectáculo horrible como la erupción de un volcán en el horizonte, arrancó al ejército y al pueblo fugitivo de sus vivaques, y todos, llamándose unos á otros, se levantaron para contemplar este desastre de la antigua capital de su patria. Al verlo llegó á colmo la furia. Tanto el verdadero incendiario, esto es, el conde de Rostopchín, como el mismo Kutusoff, que no estaba en el secreto del conde, se apresuraron á anunciar que habían prendido fuego á Moscou los franceses, y esta calumnia, tan poco verosímil, cundió entre las filas del pueblo y del ejército con celeridad increíble. «¡Los franceses han pegado fuego á Moscou!» se gritaba de todas partes, y á esta noticia se hizo el odio tan ardiente como la inmensa hoguera de

la ciudad infortunada. De todas partes se prorrumpía en gritos de rabia, con desesperación se señalaban los rasgos de fuego que brotaban de aquel incendio espantoso, y que de vez en cuando iluminaban todo el horizonte con resplandor vivo y siniestro. Pedíase venganza, y de seguida se ansiaba marchar al combate (1). Así Rostopchín, que al incendiar á Moscou no nos había privado de nada, pues en aquella vasta capital quedaban sobrados techos para darnos abrigo y sobrados víveres para alimentarnos, ahondó un abismo entre las dos naciones, despertó la violencia toda de los odios nacionales contra nosotros, hizo imposibles las negociaciones y reanimó toda la energía del ejército ruso, que empezaba á desalentar la impotencia aparente de sus esfuerzos.

Ya á la sazón no era el caso de alejarse mucho de los franceses y de dejarles el campo libre, en vista de las disposiciones manifestadas por los soldados rusos. Bajar por el camino de Riazán hasta la ciudad de Kolomna para ir al Oka, era mostrar demasiada prudencia, y prudencia inútil por otra parte, pues ocupados exclusivamente los franceses en arrancar á las ruinas de Moscou el pan que les hacía falta, no se hallaban en disposición de seguir é inquietar al ejército ruso. Así Kutusoff, llegado por el camino de Riazán hasta las márgenes del Moskowa, creyó que allí debía hacer alto y emprender desde este punto el movimiento de flanco proyectado en torno de las tropas francesas; esto es, dar un radio de diez leguas, en vez de darlo de treinta, al arco del círculo que se proponía describir de Este á Sur en redor de Moscou.

Aprovechándose el general Kutusoff de algunos parlamentos habidos entre el general Sebastiani y el general Raefskoi, á fin de evitar las inútiles escaramuzas, ordenó prestarse á todo lo que desearan los franceses, adormecer así su vigilancia y ocultarles completamente la dirección que iba á seguirse. Con efecto, á contar desde el 17, mientras una retaguardia de caballería continuaba marchando al descuido por el camino de Riazán, y atraía al general Sebastiani detrás de ella, cambiando de dirección el grueso del ejército de pronto, torció del Sudeste al Sudoeste y trasladóse detrás del Pakra, riachuelo que, naciendo cerca del camino de Esmolensko, traza en torno de Moscou un círculo semejante al que querían describir los rusos, y de consiguiente era adecuado para servirles de línea de defensa. Detrás de este riachuelo, y no detrás del Oka, vino Kutusoff á apoderarse, estableciéndose no precisamente sobre nuestra línea de comunicación, sino al lado, y en aptitud de ir á ella en una jornada.

Llegado el 18 á Podolsk, se hallaba Kutusoff el 19 en Kusnaia-Pakra, detrás del Pakra. Desde este punto, situado del todo al Sudoeste, muy cerca de nuestra línea de comunicación, envió corredores sobre el camino

(1) El príncipe de Wurtemberg dice en sus Memorias, que, después de la salida de Moscou, él y otros muchos consideraban perdida la causa rusa, sobre todo por razón del desaliento que reinaba entre las tropas; pero que la vista de las llamas que devoraban la capital les dió nuevos bríos, y que instantáneamente se reanimaron las esperanzas de todos los adictos á Rusia. Además, sobre esto es unánime el testimonio de los extranjeros que servían en los ejércitos rusos. Militarmente el acto del conde de Rostopchín fué nulo; moralmente tuvo consecuencias incalculables. (N. del A.)

de Esmolensko para que se apoderasen de nuestros puestos y de nuestros convoyes, lo cual fué para Napoleón la voz de alerta que le indujo á tomar las disposiciones que acaban de ser expresadas.

Tal era la situación elegida por el ejército ruso, cuando los cuerpos de Murat y de Bessieres se pusieron en movimiento, y comenzaron á buscarle, Murat por el Sudoeste hacia el camino de Riazán, y Bessieres al Sur por el camino de Toula. Muy luego fué reconocido el error del general Sebastiani, y Murat, con su instinto de oficial de vanguardia, torciendo á la derecha y remontando el Pakra, volvió á hallar prontamente la pista del enemigo, mientras que Bessieres, apoyando por su parte más á la derecha y torciendo un poco del Sur al Sudoeste, vino á Podolsk y después á Desna, donde encontró el grueso de la retaguardia rusa mandada por Miloradowitch. Con orden los generales franceses de estrechar al enemigo para enterarse de sus proyectos, se le fueron resueltamente encima, y Murat, que había cruzado el Pakra sobre las huellas del ejército ruso, fué á su vez á amenazar cogerle de flanco.

A la vista de Murat, establecido más allá del Pakra, hubiera querido el atrevido Benningsen que se le acometiera para abrumarle. Pero Kutusoff, que ya no estaba de acuerdo con Benningsen, su verdadero rival, no fué de este dictamen, y para hacerlo valer tenía excelentes razones sin duda. No se sabía en el campo ruso que Murat estaba allí solo con su caballería y la infantería de Poniatowski, y era de temer que estuviera allí con el ejército francés entero. Ahora bien: Kutusoff, contando todo lo que había allegado, no tenía más que setenta mil hombres de tropas regulares, y no juzgaba prudente, en vísperas de recoger el premio de un plan de campaña doloroso, bien que profundo, renunciarlo de golpe y correr los azares de un choque incierto. De Kalouga le iban á llegar considerables refuerzos de tropas regulares: de Ucrania aguardaba una soberbia división de antiguos cosacos, y en este intervalo la mala estación que se aproximaba, la penuria de víveres, la dificultad de las distancias, debían haber debilitado el ejército francés casi en la misma proporción que se aumentara el ejército ruso. No era, pues, el caso de dar batalla antes del día en que la proporción de las fuerzas cambiara en provecho de los rusos. Aunque Kutusoff se equivocaba, dado que Murat no disponía más que de un destacamento, le asistía la razón teóricamente hablando, y su pensamiento fundamental era perfectamente juicioso. En su consecuencia resolvió retirarse más lejos por el camino de Kalouga, tan lejos como fuera necesario para evitar á Murat, porque no había medio entre acometerle y evitarle.

Habiendo abrazado este partido, todavía retrocedió el 27, haciendo cara á Murat á pesar de todo, mientras el mariscal Bessieres se mostraba emprendedor sobre la izquierda, y los días siguientes fué á establecerse sucesivamente en Woronowo, en Wincowo y, por último, en Taroutino, detrás del Nasa. Firme el general Kutusoff en su proyecto de evitar una batalla, nada mejor podía hacer que retrogradar hasta el punto en que hallara una posición bastante fuerte para contener á los franceses. El Nasa es un río que, naciendo como el Pakra cerca del camino de Esmolensko, en las cercanías de Krimskoie, viene á torcer en torno de Moscou, si bien descri-

biendo un arco más tendido que el Pakra, lo cual, en vez de hacerle desaguar en el Moskowa, le lleva hasta el Oka. Sus márgenes son escarpadas, sobre todo á la derecha, donde se habían apostado los rusos, y allí se podía establecer un campo casi inexpugnable. Esto resolvió el general Kutusoff, y puso todo el esmero en ejecutarlo. Mientras estaba muy bien mantenido por los almacenes de Kalouga, se proponía llamar allí á sus reclutas, hacerlos ingresar en sus cuadros, instruirlos, y elevar su ejército á un número tal que al cabo pudiera hacer frente á los franceses con ventaja. Habiéndole seguido Bessieres y Murat hasta este punto, se detuvieron en actitud de gentes, que, sin renunciar á la ofensiva, aguardaban nuevas órdenes. Efectivamente, se hallaban á veinte leguas de Moscou, casi sobre el camino que habíamos llevado á la ida y bastante cerca de Mojaisk, donde se había dado la batalla de Moskowa. Ir más lejos no podía ser más que consecuencia de una resolución grande y definitiva, que sólo era capaz de tomar su soberano.

Para Napoleón era este un momento grave, que iba á decidir de la campaña y probablemente de su suerte. Así en el fondo del Kremlin no cesaba de meditar sobre el partido á que debía atenerse. Exponer al ejército á nuevas fatigas para correr en pos de los rusos, sin la seguridad de darles alcance, y por la única ventaja de darles otro combate más ó menos mortífero, no era á los ojos de Napoleón una determinación admisible. Fatigadísima estaba la infantería y muy mermada por el merodeo, y la caballería arruinada. Apenas entrado el ejército en Moscou, y después de pasar los días luchando contra el incendio, no había tenido tiempo de respiro. Cinco ó seis días era lo más que había saboreado de verdadero reposo. Se necesitaba, pues, contemplarle y no sacarle de su inmovilidad sino en el momento de tomar un partido decisivo. Ya era llegada la hora de pensar en el más conveniente, pues el mes de septiembre había pasado, sin que se recibiera ninguna respuesta á las aberturas iniciadas y remitidas á San Petersburgo, por lo cual había que pensar en establecerse en Moscou, ó en dejar esta capital para acercarse á los almacenes, á los refuerzos, á las comunicaciones con Francia, esto es, á Polonia.

Invernar en Moscou era una resolución que á primera vista no tenía la aprobación de nadie, porque nadie admitía que pudieran inmovilizarse durante seis meses á doscientas leguas de Wilna, á trescientas de Dantzick, á setecientas de París, con la mayor incertidumbre de los medios de alimentar el ejército, y con la perspectiva de ser bloqueados, no sólo por el invierno, sino también por todas las fuerzas rusas. Abandonar á Moscou para retornar á Polonia era, por el contrario, una idea que correspondía á lo que pensaban todos, salvo Napoleón. En su concepto, abandonar á Moscou era retroceder, era declarar al mundo que se había cometido una gran falta al marchar sobre esta capital, y que se desesperaba de encontrar allí lo que se había ido á buscar, la victoria y la paz; era renunciar á esta paz, recurso el más pronto, é indisputablemente el más positivo, para salir del apuro en que se había puesto avanzando á tanta distancia; era decaer, perder en parte, y aún quizá en el todo, aquel prestigio que tenía sojuzgada á Europa, dócil á Francia, confiado al ejército, y fieles á nuestros